

B1

El Cuento Semanal

LA CONQUISTA DEL JÁNDALO

NOVELA POR ALEJAN-
DRO LARRUBIERA —
ILUSTRACIONES DE PE-
DRERO ◻◻◻◻◻◻◻◻◻◻



30 Cents.

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Oficinas: Fuencarral 90

Teléfono 2054

Apartado de Correos núm. 409

Madrid

AÑO I - 7 JUNIO 1907 - N.º 23

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas.

Semestre 6 pesetas. Año 11.

Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos

Libros y Revistas

La otra vida, por José Murciano. — Escuela Tipográfica Salesiana. Valencia.

Resplandecen en esta obra, repleta de ideas y amablemente escrita, el talento y los profundos conocimientos de su autor, que en materia tan árida y difícil como indica el título del libro ha sabido dar gallardo desenvolvimiento al postulado.

Jardín ensoleillé, por G. Martínez Sierra (traducción de Paulina Garnier). — Garnier Hermanos. París, 1907.

Esta obra, toda llena de luz y con olor á campo y plácida como cielo horro de nubes; esta obra, que en castellano lleva un título fragante y plástico — *Sol de la tarde* —, acaba de ser publicada en francés con otro nombre hermano del anterior en belleza é idealismo: *Jardín ensoleillé*.

La traducción, firmada por Paulina Garnier, tiene una asombrosa justeza y una ductilidad y adaptación inexplicables aun después de leída y releída la obra.

Y es tanto más de laudarse la alta empresa y á tan mayor altura ha quedado la traductora en su meritísima victoria, cuanto que el estilo de Martínez Sierra, por su maga sencillez, por el «leve aire de canción» que ha traído á la altivez del habla castellana, por su misión de sanidad y purificación de casi todas las palabras, entraña graves dificultades de interpretación en extraño idioma.

La Semana Teatral

Cómico. — Con un fuego graneado de estrenos ha cerrado sus puertas el coliseo de la calle de Capellanes, trasladando sus reales al teatro Eslava, donde la diosa Sicalipsis sigue recibiendo homenaje de los *morenos*.

El chato del Albaicín es un mosaico de cosas pintorescas, tan exageradamente pintorescas, que á no ser por la gracia que toda la obra rebosa, diríase escrita, más que por dos distinguidos granadinos, José L. Ontiveros y Raimundo Domínguez, por cualquier hispanófilo de pandereta y navaja en liga.

La partitura que el maestro Lleó ha escrito para la obra, tiene sabor local y está bien instrumentada.

Ontiveros en su triple calidad de autor, actor y beneficiado, recibió grandes aplausos la noche del estreno, y sigue obteniéndolos en unión de su colaborador y de Lleó, en Eslava.

Para el beneficio de las tiples señoritas Andrés y Sánchez Jiménez estrenóse en el precitado coliseo *Apaga y vámonos...*, precioso entremés en el que López Silva y Jackson Yeyán han demostrado que se puede poner literatura en una obra picante, y prescindir de desnudeces, y divertir al público sin echar mano de otros recursos que los del ingenio y de la gracia de buena ley.

Las beneficiadas repartieron aplausos prolongados y valiosos regalos.

Extranjero

El éxito de París constituyó esta temporada la obra póstuma de Oscar Wilde, *Salomé*, con la que Ricardo Straus ha hecho una ópera en que brilla la portentosa inspiración del músico.

Músico y poeta han ideado el paisaje bíblico de modo nuevo, presentando á Salomé enamorada de Yolkánán lúbrica y apasionadamente, con ímpetus de trágica voluptuosidad.

La empresa del teatro Chatelet, donde la nueva ópera se canta, lleva ganadas en seis representaciones 190,368 francos.

Consultorio Grafológico Graçhner

Respuestas

Devir. — Sensibilidad que se domina; amabilidad; equilibrio perfecto en las facultades; formalismo; sinceridad; constancia á toda prueba; voluntad seguida y bastante enérgica; ambición; buena memoria; desde el año pasado, en que escribió las cuartillas que me manda, ha aumentado su actividad y ha crecido su energía; imaginación muy viva y graciosa; conocimientos enciclopédicos; temperamento muy sanguíneo; buena salud.

Manifiesta usted el deseo de que le sean devueltas las cartas que me envió para las consultas grafológicas, y no indica á qué señas las tengo de dirigir.

Rostander. — Inteligencia superior; espíritu muy cultivado; conocimientos variados; combatividad; gran sinceridad; expansión no desprovista de prudencia; vanidad; lógica; temperamento enérgico pero con un principio de debilidad en la voluntad; impresionabilidad y agitación.

Agemo. — Carácter muy sensible; corazón bondadoso; ninguna expansión; equilibrio en las facultades; economía bien entendida; espíritu fino y delicado; amabilidad; buen gusto artístico; disposiciones para la versificación; carácter ligeramente rencoroso; amor á la discusión; voluntad poco enérgica, pero constante; salud equilibrada.

Uno que se quiere conocer, Bilbao. — Imaginación muy desarrollada; naturaleza reservada; economía excesiva; mucha vanidad; temperamento inmaterial; inclinación á la tristeza; voluntad propensa á la violencia; bastante actividad; desvelo.

Leo Mencas. — Inteligencia clara; voluntad pacienzuda, con accesos de terquedad; vanidad; conciencia muy ancha; ternura; amor al dinero; culto del recuerdo; temperamento débil; amor al confort; habilidad para defender sus intereses; carácter de trato muy agradable, en vista de su amabilidad y de la bondad generosa de su corazón.

Requiescat in pace. — Posesión de sí; la cabeza domina al corazón; bastante originalidad y deseo de llamar la atención; voluntad despótica; conciencia bien equilibrada; salud resistente; ideas elevadas; carácter expansivo con prudencia y finura; buena memoria.

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES, LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ — MONTERA, 22.

FARMACIA TARIFA MILITAR. — SAN BERNARDO, NUN. 57, TELEFONO 140, MADRID

VALE N.º 21
PARA LA CONSULTA GRAFOLÓGICA

Dos cupones dan derecho á una consulta.



≡ Pianos
A. BORD
Venta á plazos
A pagar en 30 meses
PEDID CATALOGOS
J. HAZEN
Fuencarral 55, MADRID



ALEJANDRO LARRUBIERA

LA CONQUISTA DEL JÁNDALO

I

ALEGRABA el simpático y atezado rostro del mozo íntima y vanidosa satisfacción, y sus ojos, más que mirar, acariciaban con amorosa codicia los montones de plata que, alineados sobre el tablero de la mesa, destellaban al recibir los rayos de oro que el sol metía por el ahumado ventanuco de la cocina.

Los montoncitos aquellos representaban cien duros, cantidad casi fabulosa para el poseedor de tal tesoro, Manuel de la Pilonga, *Luco el de Longa*, según sus convecinos.

No conocía el mozo la máxima napoleónica, y aun puede jurarse que ignoraba la existencia de su autor; pero discurría cuerdamente que para vencer en la guerra, como en todos los negocios de la vida, es preciso contar con tres cosas: dinero, dinero y dinero.

Y el negocio que Luco traía en el magín, robándole todos sus pensamientos, era arriesgado y difícil para tratar de resolverlo tan satisfactoriamente como en su caso lo resolverían indios, los Fúcares de la Montaña, ó más espinosamente

aún, los que siendo tan pobretones como él era, poseían, en cambio, lo que también á él le faltaba: resolución y coraje.

Era harto encogido de genio; ni decidor, ni parlanchin, ni entrometido; sino más bien asustadizo, callado y taciturno. Sus escasas alegrías y sus múltiples desventuras, jamás se tradujeron en palabras; melancólica y silenciosamente reía y lloraba por dentro sin enterar al prójimo. Mocito aún, se quedó sin padre y tuvo que defender su puchera, que era también la de su viejica — como él llamaba á la que le dió el sér —, á fuerza de trabajos. Y gracias sean dadas: lo mismo servía para ir de obrero á la tierra, que para ayudar á los canteros á levantar una tapia, trabajar de peón en los caminos vecinales ó hacer furtivamente un coloño de leña en el monte; existencia angustiosa y abrumadora. Quien al asomarse á la vida echa sobre sí tales cargas, trueca la juventud en vejez y las alegrías en penosas reflexiones.

Para ahorrar aquel tesoro Luco de la Pilonga, había pasado muchas amarguras y sufrido toda suerte de inclemencias del tiempo y de los hombres: el sol abrasador en el estío, la helazón en el

crudo invierno, el egoísmo de muchos amos, el temor á ser apresado por la Guardia civil como dañador del monte; habíase privado de gozar las menudadas satisfacciones de que gozan los obreros del campo: ni beber una copa de vino, ni alternar en una romería, ni convidar á «perdones» á las muchachas, ni comprarse un paquetillo de cigarrillos, ni jugar á las cartas ni á los bolos; en lo único en que se le iban los cuartos, con gran sentimiento suyo, era en llenar sórdidamente las más apremiantes necesidades: comprar para el consumo cotidiano la borona, las alubias, el aceite, las patatas, el chon para cebarle, los zapatos ferrados, las almadréñas: lo imprescindible.

¡Panochal! . . . ¡Pues no tenía los ojos llenos de agua y el pecho de suspiros al pensar que con aquel lucido ejército de monedas podía ya dar la batalla y salir de ella victorioso! . . .

Encendido el rostro de vergüenza miró en derredor suyo. Nadie le observaba. Encontrábase solo en la cocina; es decir, solo no: en la compañía de un gato que dormitaba encima de un viejo arcón de roble y de un millón de moscas que convertían todo el espacio libre de la cocina en salón de baile, valsando sin tregua al son monótono, eterno y desesperante de sus zumbidos.

Luco extendió sobre la mesa un recio pañuelo de los llamados de hierbas, y en él fué echando el dinero, que apagó con su tintineo alegre la estúpida cantata mosquil; ató el pañuelo por las puntas, y cogiéndole con la diestra, dijo con la heroica resolución de un general que compara sus fuerzas con las del enemigo y se decide á dar la batalla:

— ¡Agora ya puedo hablar con Nela! . . .

Cuando Luco salió de sus lares, el padre sol tocaba ya en su ocaso inundando de luz rojiza Buspodible, una de tantas miserables aldeas que tienen su mayor encanto en hallarse ocultas é ignoradas en estos rincones montañoses, tan magistral é insuperablemente descritos por el genial Pereda.

Esperanzoso en parte, y en parte con mortal inquietud, Luco metióse por la única calleja que iba á dar á la plaza. Por ser domingo, encontrábase la calleja solitaria; unas cuantas gallinas picoteaban el suelo, y un respetabilísimo lechón hociaba testarudamente en una charca.

Hasta el mozo llegaban los ecos de la pandeleta y de la voz fresca de la moza que alegraba el baile con sus cantares; á intervalos escuchábase el golpetear seco de las bolas al chocar contra el lindel de piedra del corro de bolos. Ya á punto de desembocar en la plaza, detúvose súbito el de la Pilonga y quedóse un momento parado como quien de repente se ve acometido de una indecisión congojosa. Rehaciéndose, giró violentamente sobre sus talones, y volviendo pies atrás repasó la calleja con andar rápido, como de quien huye.

Al final de la calleja abríase una gran pradera desde la cual se atalayaba en conjunto Buspodible, limitado su reducido caserío por la vertiente verdosa del picacho á cuyo pie se asentaba el

lugar; al extremo o, uesto del picacho veíase, muy en lo hondo, el valle de Toranzo, abierto entre enormes montañas que recortaban sus cumbres, de un gris azulino, en un cielo ligeramente teñido de púrpura; á la desmayada luz del atardecer, que tan fríamente dibuja los contornos, vislumbrábanse los pueblecillos caprichosamente diseminados por el valle y en las faldas de las formidables moles montañosas.

Al llegar á la cerca de mal encajados pedruscos que rodeaba la pradería, Manuel de la Pilonga detúvose, más que impulsado por la consciente voluntad, por la impresión que le produjo hallar aquel obstáculo que le impedía avanzar en su camino.

Apoyándose de codos en una de las piedras del remate de la cerca y la cabeza entre ambas manos, quedóse ensimismado mirando, sin ver, el grandioso panorama que á sus ojos se ofrecía.

No; no estaba el ánimo del mozo para tales contemplaciones; más propicio le tenía para darse de puñadas y desfogar así la rabia que interiormente sentía consigo mismo.

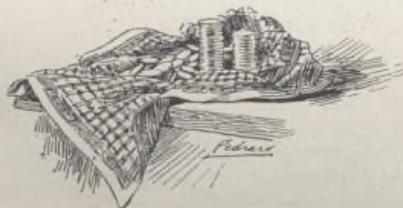
Como hombre dispuesto á todo salió de casa, y al verse en la calle y á pocos pasos del sitio en que debía llevar á cabo su empresa, experimentó insólita turbación y angustia inexplicable; púsosele la boca reseca y amargosa, la garganta y el pecho como si fueran víctimas de singular apretujamiento. . . Instintivamente, sintió deseos de huir de poblado, de esconderse en el monte. . .

Ahora, asomado á la cerca de la pradería, sentíase tan animoso como cuando se encontraba en la cocina recontando su tesoro. . . ¡Ah, si no hubiese que ir á la plaza! . . .

Por un impulso natural en su estado de ánimo, miró ansiosamente en derredor suyo. . . ¡No! . . . No se encontraba Nela. Suspiró, y como quien reacciona y se adueña de la propia voluntad, un punto subyugada por misterioso temor, así Manuel de la Pilonga irguióse gallardamente, y lleno de bríos volvió á enfilear sus pasos camino de la plaza.

La explanada que pomposamente llamaban plaza los de Buspodible, extendíase en los confines del pueblo; no había en ella más que dos casas de mala muerte, cuyos únicos pisos altos uníalos un balcón saledizo de madera; en el centro de la planicie, una cajiga centenaria erguía su tronco panzudo, agujereado y carcomido; á uno de los extremos abríase el corro de bolos con sus lindeles de piedra; al corro daban sombra unos cuantos castaños; al otro extremo, y frente á la bolera, deslizábase bullicioso por entre pedruscos verdinosos un riachuelo, pobladas sus márgenes de altos álamos.

Por ser domingo veíase reunida en la plaza casi toda la gente del pueblo; los hombres formaban tres grupos: los más viejos llenaban la taberna, establecida en uno de los dos casuchos de la plaza; bebían unos y charlaban y jugaban otros á la flor y al tute, sentados en bancos que corrían á lo largo de las pringosas mesas de pino barnizadas de rabioso carmín; el grupo más numeroso encontrábase en la bolera, y la gente moza entregábase á las delicias del baile neto montañés, que se acompañaba de pandeleta y de cantares de un ritmo lánguido; las mujeres casadas y las viejas formaban corrillos sentadas al pie de la cajiga y de los casta-





ños, á la entrada de la taberna y á la puerta de la casa colindante; jugaban todas á la brisca, y en cada partida disputábase las jugadas con furiosa algarabía.

Al verse Luco el de Longa en la plaza, detúvose un momento en la bolera, no para curiosar el juego, sino para requisar con ojos ansiosos el corro del baile.

En él se encontraba Nela, la hija del tabernero, sentada en un tronco de árbol que hacía oficio de banco; á su lado, una moza hacía sonar reciamente la pandereta, cantando á todo pulmón coplas y más coplas.

Nuevamente experimentó Luco la insólita turbación que le asaltara en la calleja; pero, esta vez, por un poderoso esfuerzo de voluntad, mantúvose firme, sin apartar la vista de la moza que tan hondamente impresionaba su ánimo; guapetona sí era la tal Nela: en su rostro, ovalado con graciosa perfección, se abrían melancólicos y ensoñadores ojos azules que tenían ese brillo metálico de la que en plena y hermosa juventud se conserva virgen de alma y de cuerpo; los labios, grosezuelos, carminosos, acusaban una hembra pletórica de glóbulos rojos en la sangre; encuadraba el rostro un pelo rubio como las candelas; el busto modelábase con líneas amplias de deliciosa y mórbida curvatura; el collar de corales que aprisionaba su cuello hacía resaltar el nácar de su finísima piel tersa, fresca, incitadora, digna de ser besada por el mismo Amor.

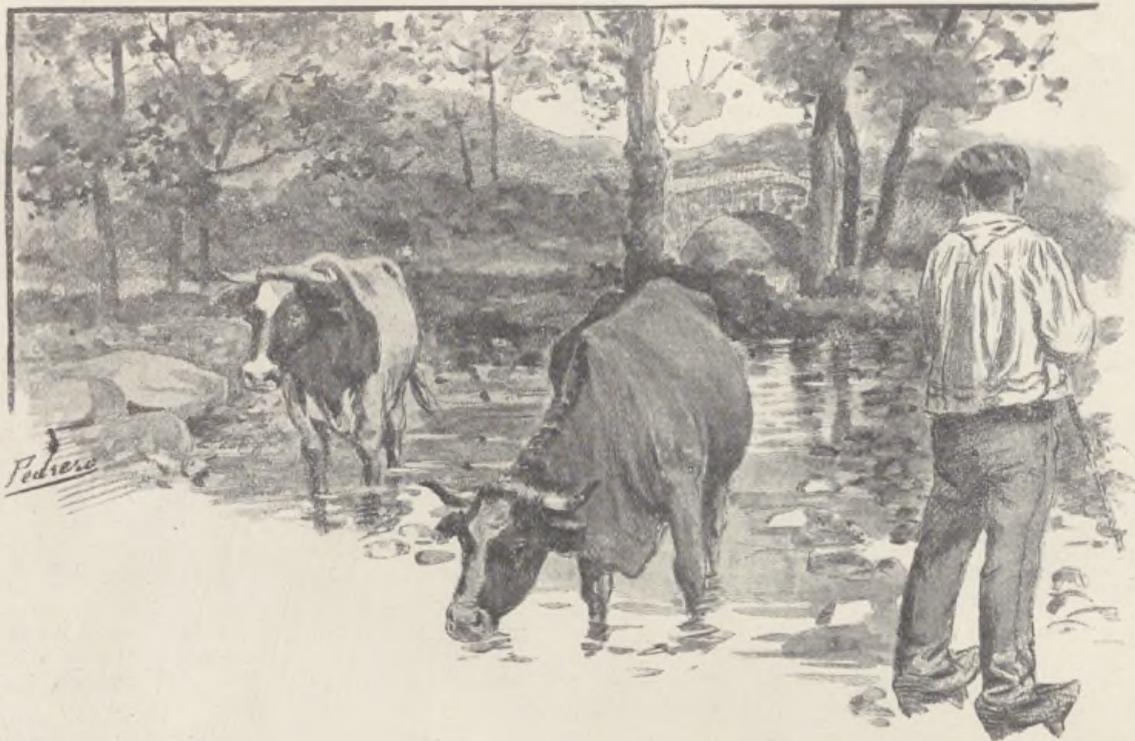
Contemplábalas embobado Luco y hubiera dado muy á su satisfacción los cien duros que constituían todo su caudal porque alguna buena hada, condoliéndose de sus tribulaciones, inflamase el corazón de la moza con el mismo fuego amoroso que á él le consumía y la obligara á acercársele, y sin que él tuviera necesidad de emplear palabras,

le dijese al oído, dulce, insinuante y cariñosamente, como deben decirse ciertas cosas. . . «Sé que me quieres, hombre, y yo correspondo con todas las veras de mi alma á tu cariño.»

Pero esto de las hadas es cosa de fantasía, y á pesar de los siglos transcurridos y del indudable progreso que en todos los órdenes de la vida goza actualmente la humanidad, á la hora presente siguen los mortales el mismo procedimiento que para curarse del mal de amores seguían en los tiempos de la *Iliada*: igual el rey que el mendigo, enfermos de tan azarosa enfermedad, piden á la causante de ella el remedio más adecuado. Para esto, claro es, se requieren palabras, y éstas, precisamente, eran las que el bueno de Luco quería ahorrarse, por razonable presunción de que una vez frente á la dama, quedárase mudo y entontecido, representando un ridículo y risible papel. . . Si supiera él de letra y fuese más despierto de meollo, podría ahorrarse el tan temido como inevitable diálogo con una declaración escrita. Tampoco quería él valerse de un tercero para lo que tan secretamente debía resolver por sí solo.

Desolado miraba ya á Nela cuando, repentinamente, cual si una idea salvadora brotase en su conturbado magín, brilláronle los ojos y como una flecha dirigióse á la taberna. . .

En la misma encontraría el inspirador, el que transformase rápidamente su indecisión angustiosa



en varonil arresto. Dos ó tres copitas de caña tomadas á tiempo pueden convertir en héroe á un pobre diablo.

II

Dentro de la inevitable monotonía, que es la característica en la vida de las aldeas, mayormente en estas montañas escondidas entre peñascos, los de Buspodible sentíanse, ya que no dichosos, conformes con su suerte. Desde el crepúsculo rosado de la aurora hasta el de oro y púrpura de la tarde, la mayoría trabajaba rudamente en las tierras propias ó en las ajenas, y cuando no en la labranza, en las múltiples faenas de ir al monte por leña, cuidar el huerto, atender al ganado, limpiar el establo, arreglar la carreta ó echar un remiendo á la casuca; los viejos y la gente formal y con hijos, no pensaba en más que en acrecentar la mísera hacienda, si se podía, ó por lo menos en salir adelante en el empeño magno de asegurarse la borona, las alubias y las patatas, engordar bien el cerdo, mantener lucias las reses vacunas y pagar la contribución: esto último era lo que más preocupaba; la gente moza abría un paréntesis luminoso en sus cotidianas tareas para pensar en una «ella» si era él, y en un él si era «ella». Los días de fiesta oíase misa por la mañana y se entretenía la tarde en el corro del baile ó en el de los bolos, en la taberna ó en la plaza; chismes y enredos, murmuraciones y envidioserías no faltaban, que éstas son inevitables en donde se reúnen más de dos personas. El señor cura, don Remigio de la Fuente, un santo varón sexagenario, no tenía que soportar graves pesadumbres en el ejercicio de su sagrado ministerio; las ovejas á él encomendadas espiritualmente, no le daban mucho que hacer ni le proporcionaban quebraderos de cabeza: eran

unas mansas ovejas respetuosas con su pastor que llevaban vida quieta y cristiana en el redil. Muy de tarde en tarde, á Dios gracias, se moría alguna; de lustro á lustro había boda, y en cada un año tres ó cuatro bautizos.

La política de campanario, cuya voz cantante llevaba tí Razonucas, el más rico, el más viejo y el más gruñón de todos los vecinos, no producía entre éstos grandes perturbaciones; no importándoseles una panoja que mandasen los blancos, los azules, ni los rojos — ya que todos los mangoneadores de la cosa pública nada hicieron ni harían en beneficio del Concejo —, votaban al que tí Razonucas les mandaba votar: sabía conducta que, ya que no cosa mejor, les valía el agradecimiento del caciquillo y el tenerle dispuesto á favorecerles siempre y cuando que el favor no atentara á su bolsa.

La octaviana paz que reinaba en la aldea interrumpióse en el punto y hora en que retornó á la misma, procedente de los Madriles, Francisco Callejones y Portilla, hijo de Buspodible y de padres tan faltos de pan como sobrados de ganas de comer.

Este Francisco Callejones que, por su empaque soplado y farfantón emularía con ventaja al más finchado y vanidosuelo de los hidalgos inmortalizados por los costumbristas de nuestro siglo de oro, volvía á la tieruca después de veintitantos años de ausencia y harto de rodar por tierras andaluzas y castellanás. Conservábase en lo físico hecho todo un buen mozo.

— Su indumentaria aseñorada, los pesos duros que se complacía en hacer sonar dentro de los bolsillos del pantalón cuando iba por los callejos y conversaba con el prójimo, sus bigotes untados de brillantina, el penetrante olor á *patchouli* que se desprendía de su persona, y su sempiterno charlar

de títulos de la Deuda, acciones del Banco y negocios en los que figuraban millones, impresionaron de tal modo á sus paisanos, que todos, llamáranle Francisco, Frasquito, Quico ó Paco, anteponiánle sonora y respetuosamente el don.

Dinero sí había hecho don Frasquito en la feria de la vida; y aun cuando su capital no llegase á millones, como él ponderaba, no bajaría de unos veinte mil duros, empleados en papel del Estado.

Chico en una tienda de montañés en Cádiz, y amo de una taberna en Madrid, había reunido aquellos cuartos á fuerza de puños, de romperse los cascos y de estar hecho un esclavo del mostrador, según afirmaba; pero, en realidad, por no muy buenas artes. Callábase cómo había cimentado la base de su fortuna á costa de la confianza de su amo de Cádiz, un pobre viejo que tenía por mujer una hembra joven y casquivana que dió oídos al audaz y desaprensivo montañésuco. Felizmente para el viejo, una angina de pecho le libró de enterarse del criminal juego que sostenían los tahures de su honra. Legalmente, se vió dueño de la mujer y de la tienda de su malaventurado principal, y de Quico á secas pasó á ser el señor Frasquito.

Con tan inopinada señoría, echó el advenedizo humos y fanfarria, y lo que era inevitable, hizose tan suspicaz y receloso con todo cuanto se relacionaba con la mala pécora de su mujer, que no la dejaba ni á sol ni á sombra, y las palabras y miradas suyas, aun las más inocentes, encendíanle el ánimo en sospechas, y temeroso de llegar á representar el papel tristísimo que representó el viejo en los últimos días de su vida, emprendíala á palos con su cónyuge, la cual encontraba en la tierra el infierno en que purgar sus pecados.

Ningún criado paraba en la tienda y los parroquianos iban escaseando, porque según razonaba uno de éstos, mosquito insaciable, á la taberna se va á oler á vino y no á árnica, y en casa del señor Frasco constantemente se veía á la señora con la cabeza entrapajada.

Dios se apiadó de la esclava de su culpa, y una rápida enfermedad la libró para siempre de martirios.

Señor Frasco, que no se encontraba á gusto en la tienda ni con su parroquia, traspasó el negocio y fuese á Madrid, para continuarlo en una taberna que abrió en una de las calles más céntricas; al cabo de los años reunió el capital que él juzgaba suficiente para poder vivir á lo grande en su tierra y realizar su sueño dorado: el de hombrearse con los indianos y casarse con la hija de uno de éstos.

III

Ti Razonucas sostenía animado palique á la puerta de la taberna con ti Maizprestao, el tabernero y alcalde pedáneo del lugar, un montañésón alto, enjuto de carnes y de recia musculatura; la tía Mariquita, su mujer, hallábase al mostrador sirviendo á la parroquia, que llenaba de ruido, de humo y de mal olor el destartalado establecimiento.

— Dígote, hombre — hablaba pausadamente el viejo con su chillona vocecita —, que el jandación ese que mos ha llovío de los Madriles trai al

pueblo arrigüelto como nunca le vide en los mis años, que son unos pocos.

— Arrigüelto le trai, ti Ginio — afirmó el tabernero —. Dende que don Frasquito asomó por acá las narices, toos los días hay desgusto, y gordo... y usté ya sabe el por qué.

— Sélo, José María, sélo; mos ha risultao el tal jándalo más namoraduco que los gallos, y pa él lo mesmo da que sea mozuca soltera que casada; en teniendo güenos ojos, ó güen pelo, ó güen talle, ú cualisquiera otra cosa güena, ya está amarraduco á las faldas... ¡Ya, ya es rámica la que se mos ha metío en el pueblo, y por más que descurro no sé yo cómo vamos á escarmentale... .

— Ni yo, hombre, que tamién descurro al respitive ese.

— Si toos fueran del mi pensar, ya se lo dirían, de misucas al fantesioso ese que anda too el día á caza de gangas y de gurriones... Pero, ya se ve: como viene de los Madriles, parla mijor que don Vidal el abogao, viste señorituco y no arrepara en gastase los cuartos pa convidar á toos los lambiones del pueblo; atí cuenta, hombre, trai á too el mundo embobao... ; á ti mesmo, José María.

— A mí mesmo, por el nigocio; porque dende que él vino al pueblo, la verdá es que arrimato yo en una simana más Rioja que endenantes en un año.

— Y tú por lo que vendes, y los otros por lo que beben, pos que naide se atrive con ese señor, y aquí ya no hay más San Roque ni más Santa María que él... Mormurar sí mormuran del don Frasquito toos, como mujerucas, ascondías suyas; porque naide que tenga hija, hermana, mujer ú novia, está exceuto de hacer un mal papeluco con un Tinorio asina... Pero too se queda en mormuración.

— La culpa no la tié el hombre, si bien se desamina, ti Ginio.

— Pos si él no, ¿estonces quién, cristiano?...

— Las mujeres. Toas, sin distinción, son el dimoño.

— Exceuto la mi Mari Cruz.

— ¿La su sobrina?...

— Y la mi mujer tamién, ¡zaraja! — rectificó un tanto amoscado el viejo —. Esa es una santuca, ¡que te costel... .

Una sonrisita burlesca iluminó el rostro de ti Maizprestao, que afirmó con sutil ironía:

— ¡Sí que es una santuca! Güeno; exceuto Mari Cruz y la mi Nela...

— ¡La tu hija es una corderuca de Dios! — interrumpió con viveza ti Ginio.

— Y ha de selo tan y mientras yo viva... Pos, como le iba diciendo, aparte éstas, la mi mujer no hay que contala, que no está ya pa gromas, á las demás del pueblo





tráilas tochas el don Frasquito... ¿Arreparó usté esta mañana en la iglesia las que llevaban pañuelo de seda encarnao?...

— No arreparé, hombre, y no sé qué tien que ver los pañuelucos que dices con el negocio del jándalo.

— Las mejores se le van á usté, ti Ginio... Y eso que usté es de los que ven crecer la herba... Pos el ite de los pañuelucos esos está en que toos son

rigalao por el jándalo, que se conoce que arreemató una partía d'ellos en los Madriles.

— Atonteció me dejás, José María, y agora caigo en la cuenta de que víde más de uno y de dos pañuelucos coloraos en la iglesia.

— Ocho conté yo — advirtió riéndose maliciosamente el tabernero.

— ¡Zaraja con el tíuco, y qué de prisuca caminal!... Pos dígoté, hombre, que á tal paso antes de un mes no se queda mujer nenguna sin su pañueluco.

— Agora, dígame si no parlo yo como los Avangelios al decile que la culpa de too la tien las mujeres. Y semos los hombres tan tochos, que no sabemos pasanos sin ellas.

— Pos á ti, con la tu María, no te jué del too mal.

— Mijor juera no habela conocío, y agora sería yo un indiano, como lo son otros del mi tiempo que se jueron mozos á l'América.

— No seas cubicioso; tal vez no te hubiera pintao allá como te feguras... Y en too caso, la tu mujer no tié la culpa de que tú no seas indiano.

— La tié; porque namoriqueme hecho un crío y mos casemos demasiao plonto, y vinieron los hijos, y cuando quise acordame ya tenía á las costillas muchas obligaciones. Pa pasar el charco ha de estar uno solteruco y libre.

— Solteruco y libre debía uno de estase pa sin finito — afirmó ti Razonucas distraído. Y tras breves momentos de pausa, continuó:

— Endenantes de que hubiese jándalo por acá, había una poca de virgüenza en el pueblo; pero agora está perdida del too. Aquí, endenantes, toos estaban en la su paz, y los padres, y los novios, y los marios confiaducos vivían... Y agora,

agora toos andan ricelosos por la temor de que el vilano ese de los Madriles haga en los sus corrales alguna fechuría... Alviértote, hombre, que esto no pué continuar asina, si es que los del Concejo quieren gastar calzones en vez de sayas.

— ¡Hay que dale una lición al cazador ese de gurriones!...

— ¡Y de gurrionas! — añadió pensativo el viejo —. P'aburrile, debíamos escomenzar por dispreciale toos nusotros.

— Es un emiece. Pero... y si las mujeres no le disprecian tamién, ¿adelantemos alguna cosa nusotros, ti Ginio?...

— Tan oscuro me lo pintas, que... que...

Ti Razonucas no acabó la frase. Como impulsado por un resorte se levantó súbito del poyo en que se sentaba; su rostro habíasele cubierto de mortal palidez y reflejaba la misma estupefacción que si por arte mágica viera remontarse por los aires el formidable picacho á cuyo pie se alzaba la aldea. Con voz temblona, voz de congoja y de rabia, tartamudeó:

— ¿Pero es... es... esa... la mi mujer?...

El tabernero, sorprendido con el inesperado arranque de ti Razonucas, miró hacia donde éste miraba.

— La su mujer es... ti Ginio — dijo entre dientes, procurando sofocar la risa que inflamaba sus carrillos.

Y sin poder contenerse por más tiempo, de un salto entróse en la taberna, diciendo entre ruidosas carcajadas:

— ¡Tamién!... ¡Tamién gasta la santuca pañueluco encarnao!...

IV

La plaza, antes animada y bulliciosa, encontrábase al cerrar la noche solitaria y en silencio.

Apostado en el escondce que formaba la casa de ti Maizprestao, hallábase Luco el de Longa al acecho de cuantos salían de la taberna.

Por vez primera en su vida habíase tomado cuatro copas seguidas de caña, y el alcohol no le dió la energía que en él buscaba para afrontar resueltamente la entrevista con Nela; lo único que sacó de sus libaciones fué un deseo inconcebible de hablar mucho.

Salió Nela de casa, llevando á la cabeza una herrada.

Sin advertir la presencia del rondador, atravesó por entre los altos álamos que había á la margen del riachuelo y siguió su camino por la misma y en dirección al monte.

Mucho antes de llegar á la linde de éste detúvose en un peñascal, á cuyo pie formaba el agua un remanso, sobre cuya cristalina superficie reflejábase la luna como un disco de plata.

La noche era una de las más encantadoras del estío; en el azul de los cielos parpadeaban miríadas de estrellas que lo llenaban de resplandores diamantinos; en la tierra, los gusanos de luz formaban la pedrería que engalanaba el verde aterciopelado de los prados; en aquel rincón de Buspodible oíase croar de ranas, cantar de sapos, sonar de grillos y el continuado murmurio del agua que saltaba, alegre y juguetona, por entre las breñas.

Descargóse la joven de la cabeza la herrada, que colocó entre dos peñascos á la caída del manantial.

Y en tan oportunísimo instante, oyó á sus espaldas una voz de hombre que le decía con no mucha firmeza:

— ¡Güenas noches, Nela! . . .

— ¡Güenas noches! — repitió la muchacha. Y volviendo su rostro hacia donde salía la voz, no pudo reprimir un gestecillo de sorpresa al encontrarse con Luco que, parado á dos pasos de ella, mirábase lleno de turbación las alpargatas.

— ¿Tú por acá, hombre? . . . Qué, ¿vienes á coger truchas? . . .

— No. . . á coger truchas no vengo, mujer; no traigo el butrón pa cogelas — replicó muy azorado el mozo, que pesía á su afán de charla, no encontraba aquellas palabras que él quería encontrar para explicar sus amorosas tribulaciones.

— ¿Vas al monte acaso? . . . Está una güena noche p'hacer leña.

— Güena está la noche, mujer; pero no voy al monte. . .

— Estonces. . .

— Vine aza acá. . . pa. . . pa eso. . . pa tomar la frescor del río.

— Acaloraduco estás.

— Mucho. . . Hace bichorno esta noche.

— Pos acá corre un vientuco que da gusto respirale.

— Más gusto da el hablar acá contigo, Nela. . . Y á eso vine, que te coste. . . ¡A parlate! — dijo el mozo aturrullándose y como si se le atragantaran las palabras.

— ¿A parlame? . . . ¿Y por qué no me has parla'o endenantes en la plaza? . . . — objetó entre curiosa y sorprendida Nela.

— Direte, mujer. . . Es que el nigocio que yo traigo es. . . pa decilo acercuca. . .

— ¿Y qué nigocio te trai? . . .

— Pos. . . un nigocio que. . . vamos. . . explicá-telo á saitisfacción no sé. . .

— Pos tú dirás. . . ¿Pasote alguna disgracia?

— Aparente no.

— ¡Como pones la cara tan tristuca! . . .

— Pos évate, mujer, en la mi vida me he sentío más alegre que agora, ni más malancónico tamién. . . Ascucha, Nela, y déjaite que se llene la herrada sola. . . ¡pa tó hay tiempo!

— Parla, hombre, que t'ascucho con los mis cinco sentíos.

— Gracias, Nela —. La voz de Luco hízose ya



desde este momento más clara y enérgica; como llevado de súbita inspiración, dijo con ese acento inefable del que vuelca, por así decirlo, todos los tesoros de amor y de ternura ocultos en lo más recóndito del alma:

— Pírdóname que no te parle como yo quisiera parlate. He estao callao tanto tiempo que no sé cómo escomenzar á decite toas estas palabras que he díó guardanduco pa decitelas á tí sola. . . Como son sinfinitas, ibanme ya ajuegando aquí aentro. . . A pique estuve muchas veces de contátele too, pero me envergonzaba y me entraban por too el mi cuelpo temblíos de sólo pensalo. . . Yo soy, del mi natural, apocaduco; añide á esta disgracia, que es maéscula, que p'hacelo too en el su orden quería yo ofrecete algo más que palabruca dulces.

— En cuidio me vas pusiendo con tus expliques, hombre. ¿A santuco de qué tiénesme tú que ofreceme á mí cosa nenguna?

— No es el caso pertinente pa enfadase, Nela — observó Luco desconcertado con la altiva firmeza que puso la moza en su réplica. Y en tono humildoso prosiguió:

— Fuera alabancias, en too el Concejo hayla

como tú tan guapetona; el tu padre, sin emponderación, es de los más ricos del pueblo: dos incomenientes mu grandes pa un pobretuco como yo, que pa mal comer tié que echar los gofes aonde se presenta. Na tengo que decite al respitive de que soy un hombre honrao y trabajaor como el que más sea; de mi gente, naide tié que decir tanto asina de malo. . . Viene al caso del mi rilate lo que te parlo, porque dende que ibas á la escuela te amiraba yo con más güenos ojos que á ninguna de las de tu igual. . . Agolvístete una moza como un sol de Mayo, y estonces arrearé que me alampaba por verte y que te quería como á la mi madre. . . Y siempre que te vide, calladuca traía la lengua y parlotero el corazón, que, á toas las horas y en toos los sitios, me parlaba de ti. . . Calladuco estuve hasta agora, porque ati cuenta que los probes mos envergonzamos en toducas las cosas más que los ricos, y no era la mi voluntá que el tu padre— si tú eres consentiora de que yo te roldase — me saliera con el conque de que no había él criaio una hija como tú pa que se la llevase un meleno como yo. . . Agora, que ya tengo guardaducos unos cuartos pa los ministeres del casorio y escomenzar pa ti una vida mijor que la que me traigo, me atrivo á lo que me atrivo. Estas son, en risumen y fenequito, las palabrukas dulces que tenía que parlate y el ite que ofrecete. Agora, Nela, dicide lo que sea de la tu voluntá en este nigocio. . .

Calló Luco y siguióse en el diálogo un momento de pausa; oíase el alentar recio del hombre que, con el reverso de la manga de su blusa, limpiábase el sudor que inundaba su frente. Nela, caída la cabeza al pecho, trataba de ocultar la emoción que le produjo el relato del pretendiente, y, azorada, estrujaba entre ambas manos su delantal.

La Naturaleza proseguía en aquel angustioso silencio abierto en el diálogo de los jóvenes su majestuosa sinfonía de una noche estival en la Montaña. Resonaba como un suspiro el viento al batir la hojarasca de álamos y castaños; borboteaba juguetón el riachuelo por entre las resquebrajaduras del peñascal; los grillos cantaban su estridente canción con abrumadora monotonía, interrumpida por el croar estúpido de las ranas, el burlón cu. . . cu de los sapos y el medroso y lúgubre quejido de los cárbos que anidaban en el monte vecino.

Nela trató de rehacerse, y soltando el delantal de las manos y alzando la cabeza, quedóse mirando á Luco con mirar en que un psicólogo leería tierna conmiseración.

Con acento trémulo, á pesar del empeño que ponía en hacerlo firme, dijo:



— Oíte como en los jamases me pensaba yo que oiría á ningún hombre. . . Y no es que yo sea argullo-sa ni fantesiosa ni que te disprece. . . ¡Por la mi salvación te juro que agradecía quedo con lo que acabas de parlame! . . . A saitisfación tuya serían las mis palabras agora si no juera que pa decitelas hay un incomeniente.

— ¿Que hay un incomeniente, mujer? . . .

— Haylo, hijuco, y el pior de toos.

— En cuidio me pones, Nela. ¿Y qué incomeniente es ese? . . .

— El de que yo no puedo querer á ningún hombre, asina sea tan cabaluco en too como tú lo eres.

— ¡Josús mos valga! . . . No gastes gromas asina. . . Mira que me estoy ajuegando de ascuchate.

— Verdaes son y no gromas. El mi querer llevóselo otro namoraduco.

— ¡Otro! . . . ¿Cuálo, mujer? . . . ¡Por la Santisma Virgen, dilo; que yo en los jamases te vide parlar con ningún mozo del pueblo! . . . Y de juera no ha de ser, que tú nunca saliste de la tu casa. . .

— Agora tampoco te ve á ti naide, Luco — observó Nela.

— Quízaes. Estas cosucas nunca las ve naide, ¡ni el que más se le importa velas! . . .

Un angustioso silencio siguió á esta amarga reflexión.

Nela dirigióse al remanso, disponiéndose á recoger la herrada.

Luco, á pie firme, quedóse contemplando un instante á la gentil muchacha. Rápido, refregóse

los ojos, y con voz de llanto murmuró suplicante, acercándose á Nela, que le volvía la espalda:

— ¿Dirásme quién se ha llevao too lo que yo más quiero? . . .

Volvió el rostro la moza hacia su interlocutor, y, previos un suspiro y una mirada de lástima, replicó:

— ¿Y pa qué quieres sabelo, hombre? . . .

— ¡Pa odiale como á mi mayor enemigo! — contestó Luco con espantosa fiereza.

— ¡No! . . . ¡No he de decítelo nunca!

— No faltará quién me lo diga, ¡sepástelo! . . .

— ¡Naide en el mundo ha de sabelo! — dijo resuelta y enigmáticamente la hija de ti Maizprestao.

Y sin aguardar á que Luco la ayudase, púsose la herrada á la cabeza y echó á andar en dirección á su casa.

Luco siguió á Nela, yendo á su lado con los brazos caídos á lo largo del cuerpo, inclinada la cabeza al pecho.

Sin hablar palabra llegaron ambos jóvenes á la plaza.

Antes de entrar en la taberna, Nela se despidió de su acompañante, diciéndole con expresivo y afectuoso acento:

— ¡Güenas noches mos dé Dios, Luco! . . .

— ¡Güenas noches, Nela! . . . — repitió el malaventurado pretendiente con voz [de infinito] desconsuelo.

V

Retornó á sus lares el pobre mozo con el espíritu anegado en las sombras de la desilusión mayor que había recibido en su vida. Tristón y abatido entró en la humosa y no muy alumbrada cocina, y con voz insegura dió las buenas noches á ti Juana, que, de rodillas en el llar, soplabá reciamente á la mortecina lumbré para que levantara llama y acelerase la cocción del pote.

Dejóse caer Luco en un banquillo que había arrimado á la mesa, y apoyando en ésta un codo y en la palma de la mano la cabeza, siguió con inexpresiva mirada el trajinar de su madre, la cual, después de corresponder al saludo del hijo, permaneció silenciosa, atenta tan sólo á preparar el mísero condumio que ya borbollaba sonoramente. Para la vieja no era una novedad que Luco se ofreciera á su vista fosco y ensimismado; en tales casos, adoptaba el prudente partido de dejar al tiempo que aclarase la nublazón, sin meterse en averiguaciones que á nada conducirían, por la terca reserva que el mozo guardaba en todos sus asuntos.

Luco no metió arriba de tres veces la cuchara en la cazuela de alubias que aquella noche, como en casi todas las del año, constituía su único yantar.

— ¡No tengo ganas de comer, madre! — dijo levantándose del asiento.

— ¿Aduélite algo? . . . ¿Estás maluco?

— No, señora — contestó secamente, enfilando hacia la puerta; ya en el umbral, advirtió —: Vóyme á dar una güeltuca á la taberna; agolveré plonto.

— ¡Que el Señor vaiga contigo, hijuco! — dijo la vieja con sentido acento.

Luco salió á la calleja y echó á andar casa del tabernero.

Desde que tan rápida como brutalmente vió derrumbarse el castillo de ventura que fabricó su ilusión amorosa, no se apartaba de su cerebro la idea obsesionadora de que él era el hombre más desdichado del universo mundo.

Rebelábase airado contra la crueldad de su destino, que de un soplo mataba la única luz que alumbraba plácida y consoladoramente su existencia; todas sus ambiciosas miras, su deseo único, grande, cuya realización sería medicina portentosa que había de curarle sus lacerias, sus pesadumbres, venían á parar en nada.

«¡Afánate, Luco; y con el aquél de que Nela ha de ser la tu mujer, echa los gofes pa reunir la misieruca de dinero que has reunio después de los años mil! . . . Y ati cuentas de comprate unã vaca y llevar en aparcería otras dos reses; quedate en arrindamiento con la tierra del Ojón ú con la del Cierro de ti Razonucas, las mijores del lugar. . . Echa cuentas, tocho, echa cuentas y pintátelo too con la tu fantasía pa que te salga la mozuca con el cantar de que otro namoraduco llevósela ya el su querer. . . Y aunque le doy güeltas y más güeltas, nenguno de los mozos se me feigura á mí el su pritiendiente. . . ¡Retoño! Habráme lo dicho pa burlase. ¡No! . . . Parló de veras, muy de veras. . . y hasta se me feгурó que me lo dijo con glarimucas en los ojos. . . ¡Si el que es asina de disgraciaduco como yo, debía el Señor quitáile de en medio cuanti antes! ¡Pa lo que está uno en el mundo! . . .

Así discurría el de Longa, sin que tales ideas abandonaran un punto su pensamiento.

Y en el intervalo que mediaba desde que escuchó de labios de la hija de ti Maizprestao su sentencia, hasta encontrarse ahora camino de la plaza, cien veces razonó lo mismo, y cada vez hacíansele tales razonamientos más dolorosos é insoportables.

Impelido por una vaga ansia de distraer la imaginación, salía de su casa y dirigíase á la taberna, dispuesto á ahogar los atormentadores recuerdos de aquella noche en caña, á emborracharse si, para olvidar, era preciso emborracharse. Todo, menos que continuara aquel persistente trajín de ideas, que acabaría por volverle loco, si antes el malaventurado no se daba de testarazos contra una piedra.

Grandes risotadas había aquella noche en la destartalada y obscura taberna.

La tertulia, formada en su mayor parte por unos cuantos mozos que ocupaban la misma mesa que don Frascuito ocupaba, reíase de firme con la picante historia del pañuelo encarnado que lució por la tarde en la plaza la sobrina y mujer de ti Razonucas.

Había pintado á su modo el tabernero la cara que puso el viejo al percatarse de tamaña novedad, y recibíose la noticia con ruidosas é interminables carcajadas; á estas siguieron sabrosísimos comentarios acerca de la candidez paradisiaca de que daba muestras ti Higinio en el asunto que más debía importarle; en cambio, en todos los demás ofrecíase ladino, suspicaz en demasía.



Regodeábase don Frasquito con la historia aquella en que él resultaba ser su principal personaje; no daba paz á la mano en hacer sonar los pesos duros que llevaba en los bolsillos del pantalón y menudeaba las rondas del vinillo que, plácenteramente, servía el tabernero á los amigos del trago. Estos, por corresponder en algún modo al rumboso convidador, le ponderaban con guiños expresivos y frases sueltas la trastienda que tenía para conquistar mujeres, y haciendo chascar las lenguas, alabábanle el buen gusto que demostraba al poner los puntos á Mari Cruz.

— Tentaduca de la risa es la sobrina de ti Ginio — advertía uno —; pero en too el valle hay moza que se la ponga por adelante en el personal suyo... ¡Es mucha mujer pa un hombre que no puede ya con los sus calzones!

— ¡Se trae las primeras hechuras — dijo, sentenciosa y chulonamente, el jándalo —. ¡Y me costa que todito lo que se trae á la vista es chipén!

— ¡Y á mí tamién me costa! — añadió otro contertulio, riéndose maliciosamente.

— ¡Verdá dice éste! — afirmó el único viejo que había en la reunión —. Agora va pa un año que juimos á empayar la herba ca ti Razonucas, ¡y mos divertimos de veras!

— Y no es sólo éste el que certifica al respitive, sino quien vos escucha — apuntó otro de los concurrentes —. Pos ¿á santo de qué, hombres,

mos alampamos toos los mozos por dir á metele la herba al viejo?... Por la gazofía que mos da, no es; por el su halago, tampoco, que es jarisco como un zarzo; por el jornal, no se diga... Estonces, ¿por qué?... Usté, don Quico, como ha estao forastero, no lo sabe... Pos hay que ver cómo se acalda la herba cá ti Ginio.

— Y oile rutar que se tarda más en meter un carro en el su pajar que diez en el de los otros vecinos.

— Está en el orden — intervino ti Maizpres-tao —. Los demás vecinos no tién la mujer tan fresca... ni tan... tan zalameruca.

— Pero ¿y ti Ginio es ciego? — objetó el jándalo —. ¡Pues así que el hombre no se mosquea pronto y no es desconfiado como él solo!...

— Pos, por lo mesmo que es desconfiao, tan y mientras se descarga la herba se está en el corral vegilando pa que naide arramplé ná... Y no sé cómo no ha dao ya en el ite de que nenguno quiera estar en el carro pa descargar ni en el boquerón pa el empaye... Cuesta sinfinito encontrar alguno que se sacrefique. Toos quieren estar metiducos aentro del pajar...

— ¡Como es tan risotera y jubetona Mari Cruz, y se ritoza de firme pa acaldar la herba!...

— ¡Entendido! Pues este año me hago yo empayador de ese pajar.

— Usté no nesecita, don Frasquito, metese á

empayador de ese pajar — advirtió con socarronería el tabernero —. ¡Usted puede entrar cuando quiera!

— No, hombre, no — replicó apresuradamente el jándalo, fingiendo protestar de la atrevida afirmación de José María —. No hay que pensar mal ni juzgar por las apariencias.

— Pos lo del pañueluco. . .

— ¡Psss! . . . Que la Mari Cruz lleve un pañuelo encarnado nada tiene de particular. . . Un regalo, cualquiera lo hace.

— Verdá; pero cuando ese cualquiera se llama don Frasquito. . .

— ¡Bah, bah! . . . Yo sí me traigo cartel con las mujeres, ¡qué demonio!; pero es más la fama que. . .

— Vaya, don Paco, que toos sabemos que alguna que otra noche rolda haga acá cuando no hay luz en denguna casa del pueblo!

— Figuraciones vuestras. . ., que me tomáis por Don Juan Tenorio. . .

— Tinorio ó no Tinorio, don Frasquito — afirmó el más viejo de la reunión — no hay pa usted ninguna mujer sigura en el pueblo.

— ¡Hayla! — dijo ti Maizprestao, con acento que inmutó al jándalo —. ¡La mi Nela! . . . ¿Verdá, don Frasquito? . . .

— Verdá — afirmó el aludido, azorado con el sesgo que tomaba el diálogo. Y para cortarle, dijo, tirando farfantonamente un duro sobre el mostrador:

— ¡Échate la última ronda y cóbrate todo lo que se ha bebido! . . .

Faltaba aún más de una hora para que los gallos cantasen al nuevo día, y hallábase la aldea entregada al reposo, y sus callejas solitarias y tenebrosas; el cielo cubriase de nubes plomizas que se amontonaban por encima del picacho que resguardaba al pueblo del ábrego, el viento más temible y temido de la Montaña. El tal soplabla raramente con ulular pavoroso; los árboles y los maizales, sacudidos con furia por su mayor enemigo, producían un recio y continuado murmulio quejumbroso, que sofocaba aquel otro del riachuelo, deslizándose por entre peñascos.

Casa de ti Razonucas abrióse con desapacible chirriar la puerta de entrada y destacóse en su vano la silueta del viejo.

No era de extrañar tan intempestiva aparición. Costumbre rancia era en el ti Higinio levantarse de la cama antes que las tintas de la aurora pintaran vaga y poéticamente el valle; lo mismo en las crudísimas noches de invierno que en las templadas del estío, hiciese ó no luna, estuviera el tiempo en calma, nevara ó lloviese, abandonaba el viejo las sábanas de estopa y, después de mal vestir su escuálida persona, practicaba una minuciosa requisa, con gran descontento de ratas y ratones, desde el desván hasta el establo; dejaba en la cocina, prendido en un garabato, el candil;



mataba de un soplo su humoso y rojizo pábilo y salíase á la calle, no sin antes asegurarse de que dejaba bien cerradas la puerta y la portillera.

En todo tiempo daba un paseo alrededor de los prados y tierras de labor de su pertenencia: unas veces sorprendía en sus maizales el jabalí ó el tasugo, la vaca ó el cerdo, dándose un banquete de tiernas panojas, y otras veces á los mozos del pueblo sacudiendo los frutales.

Con su voz chillona y desagradable empezaba una furibunda letanía de improperios y maldiciones contra los dañadores de su hacienda, y fuesen estas personas ó fieras, emprendíala á cantazo limpio, importándosele poco desgraciarse la res del vecino ó romperle á éste la cabeza.

Refunfuando pestes retornaba á sus lares, lleno de ira y con un humor del demonio.

Después de cerrar la puerta, como de costumbre, ti Higinio avanzó en dirección hacia el roble que se alzaba como un fantasmón en el centro de la plaza, y hubo de quedarse el pobre viejo más que estupefacto, aterrorizado, al reparar en que una figura humana habíase corrido rápidamente detrás del enorme tronco de la cajiga, como si tratara de ocultarse.

Paró ti Razonucas instintivamente en su marcha; y en el brevísimo intervalo de un minuto acudiéronle al magín múltiples y estupendas ideas; que para fabricar disparates no hay como la cabeza de un celoso, mayormente si es ya un vejstorio y tiene la mujer moza y bonita.

Ti Higinio de la Gándara, desde el enojoso momento en que vió cubierta la cabeza de su Mari Cruz con uno de los pañuelucos aquellos que eran divisa y pregón de las escandalosas aventuras del jándalo, sintióse atacado de la enfermedad más desazonadora y cruel que puede atacar á un hombre.

Mari Cruz juró por todos los santos y por la salvación de su alma que su conciencia no le reprochaba por lucir tal prenda, que había comprado en unas perronas á la hija del molinero, una infeliz muchacha á cuyas costillas cargaba la maledicencia popular, todas las liviandades y regodeos pecaminosos de que había noticia entre la gente murmuradora.

Ti Razonucas no quedó del todo satisfecho con esta explicación, al parecer tan convincente.

— Pero hijuco mío — remachó el clavo Mari Cruz, manifestándose en alto grado ofendida y restregándose los ojos como si llorara —. Si fuera verdá la aprensión tuya, ¿iba yo á ser tan sinvergonzona que me juese á lucir el pañueluco á la plaza y en las tus narices? . . .

Tal argumento pareció desvanecer la sospecha que nublaba la razón de ti Higinio. De todos modos, el viejo seguía, como vulgarmente se dice, con la mosca á la oreja.

Creía él también, como el tabernero, que las mujeres todas — y ahora sin exceptuar á ninguna — eran capaces de cometer las mayores felonías. . . Veíase él hecho un carcamal, y su Mari Cruz más frescota y rozagante que hubo de estar nunca. . . Su matrimonio — reconocerlo era justo — hizose por razones de conveniencia. . . Mari Cruz, en realidad, no podía tenerle otro afecto que el respetuoso de sobrina á tío. . . Agradecida sí debía estarle, porque huérfana de padre y madre siendo

aún una mocosa, él la recogió. . . Andando el tiempo, la niña se hizo una mujer que daba gozo mirarla, y entonces el viejo experimentó reverdecimientos y anhelos poco en armonía con sus años.

La sobrina accedió á la solicitud del tío; fué su esposa, un poco por gratitud y un mucho por la ambición, innata en la gente lugareña, que sabe sacrificarlo todo á la realización de sus miras egoístas.

Sentadas estas premisas, ti Razonucas discurría con la amarga lógica con que se discurre en casos análogos, que no era cosa extraordinaria que debiera asombrar á nadie que el jándalo, ¡mala landre con él y con todos los de su ralea que vuelven á la tierruca para infernar matrimonios!, hubiera interesado á Mari Cruz.

Lleno de suspiros y de congojas, ti Higinio concluía por afirmar que la tontería mayor que había hecho en su vida era la de casarse.

— Cría cuervos, Ginio, cría cuervos. . . Si el que dijo que el buey suelto bien se lambe, ya conocía este cochinuco mundo. . . Viérase libre y no pasarías las angostias que agora pasas. . . El caso es que, si bien se desamina, hombre, estás pusiendo las cosas muy al rimate con las tus feguraciones. . . que hasta la presente, feguraciones y na más que feguraciones muele el molino de tu sesera. . . La mi mujer, en la su vida dióme pesaumbres á este respitive. . . Es una santuca. . . y verdá es lo que parla de habeile compraó el pañuelo á la podrecia esa del molinero. . .

Tan consolador remate ponía siempre ti Razonucas á las celosas reflexiones que inquieto le traían, obligándole á escudriñar todo cuanto miraba ó hacía Mari Cruz, desde el punto en que la vió lucir el escandaloso pañuelo.

* * *

La inaudita sorpresa que recibió el viejo le obligó á detenerse á unos cuantos pasos de la cajiga.

La primera idea que se le vino á las mientes fué la de que detrás del árbol se escondía el jándalo, que sabedor de su costumbre de salir de casa antes del amanecer, celábale para aprovecharse ignominiosamente de su ausencia.

Y al pensar en esto, llamearon iracundos los ojillos del viejo, y espuma de rabia orló su boca. Impulsado por los celos más que por la reflexión, que pedía seguir conducta más sagaz y maliciosa, dirigióse, tratando de vencer el temblor que repentinamente sacudía su cuerpo, hacia la cajiga, pronto á templar todas sus furias con entrambas manos en el cuello del ladronuco aquel de honras.

Y antes de que llegase al árbol, salióle al encuentro una figura de hombre, que le decía en voz baja:

— ¿Usté tamién acá, ti Ginio? . . .

— ¡Zaraja! ¡Y qué susto dísteme, condinao! — refunfuó el viejo, desconcertado al reconocer en su interlocutor á Luco el de Longa.

— ¿Asustóse? . . . ¿Y por qué? . . .

— Por. . . ¡por naa! . . . ¿Estamos? . . . Por naa. . . ¡Los niervos, que los tengo alborotaducos esta noche! . . . ¿Y puede sabese qué haces tú á estas horas roldando por la plaza? . . .

— Mesmamente lo que usted, ti Ginio.
— Güeno está el imboque; pero arrepara que yo no traigo, como tú, escopetuca.

— Y que la traigo cargá hasta la boca con perdigones zorreros.

— ¿Piénsaste cazar el jabalín en esta corralera? — preguntó irónicamente el viejo.

— Quizáes — replicó el mozo con entonación enigmática —. Y eso que el jabalín que me traí acá esta noche no es de los que se entran en la tierra á distrozar la maíz.

— No entiendo la latania esa; ¿de qué jabalín parlas? . . .

— Bien conocío es: se trata de don Frasquito.

— ¿El jándalo? — preguntó con mortal ansiedad ti Higinió.

— El mesmo.

— ¿Y qué cuentas te traes tú con el fantesioso de los Madriles? . . .

— A usted puede hablásele con confianza, ti Ginio, porque usted no es nenguna mujeruca. . .

— ¡Ni lo premita Dios! . . . Hombre y muy hombre *per seculam* sinfinito.

— En eso estamos; usted no ha de dir á contaile á nenguno lo que yo le parle agora.

— Parlatán nunca juilo — afirmó el viejo, intrigado por tales preámbulos.

— Güeno; pos esta mesma noche, dispués de cenar, juime á la taberna y ascuché en ella que el jándalo roldaba hazá acá cuasi toas las noches. . .

— ¿Qué parlas, hombre? — replicó lleno de sobresalto ti Ginio —. ¿Y á quién rolda, si en la corralera no hay más vecinos que ti Maizprestao y este cristiano? . . .

— A la su mujer no es, ni á la del tabernero; pos afígúrese estonces á quién será.

— ¿A Nela? . . . ¡Déjame tocho con la noticial

— ¡Más tocho quedéme yo al oíla!

— Güeno, güeno; ¡pa fiase de palomucas! . . .

Pero aun en el caso que pintas, ¿á ti qué se te importa que la rolde ú no la rolde, ni qué te va ni qué te viene en el asunto? . . .

— Importáseme más que á naide; sépaselo, ti Ginio, más que á naide; porque namoraduco perdío me veo de Nela. . .

— Si asina es, en el orden está estonces que vegiles y sosprenas el juego que pa el tu perder se traí la moza con dos barajas. ¡Zaraja, pa fiase uno de palomucas! . . .

— No son dos barajas, es una sola; porque le alvierto, ti Ginio, que no me dió más que güenas razones al pritendela y no el su cariño.

— Estonces. . . ¡Pos que no caigo pa qué te vienes armaduco de escopeta á pasate una mala noche! . . .

— A decíselo voy; si en vez del jándalo juera otro cualquier del pueblo el pritendiente, agora estaríame yo dormiendo en la mi cama. . . Pero toos sabemos pa qué rolda el tiúco ese á las mujeres. . . Ella podrá daile el su cariño, que en esto naide manda; pero estudiendo Manuel de la Pilonaga de por medio, ¡retoño!, ni el jándalo ese ni toos los jándalos del mundo reuníos se burlan de Nela. . . Que juese el su querer honraduco, y anque yo por aentro me consumiera la fegura, na se importaba; yo no tenía pa qué meteme en el nigo-



cio este. . . Pero siendo como asina se lo cuento, en cuanti se arrime á esa puerta — y señaló la de la taberna — y se ponga á hablar con Nela, le doy un susto. . .

Dijo con tono resuelto y amenazador el mozo, y ti Higinió replicó con su vocecita chillona:

— Güeno sería que le díeses un desgusto gordo. . . ¡ganaduco se lo tienel; pero arrepara, hombre, que se arma un escándalo maésculo, y la que más sale perdiendo es Nela. . . Dígote que te vaigas á acostar y dejes al jándalo correr la su suerte, que no la veo yo muy placentera en cuanti José María alvierta el frigao en que se ha metío la su hija. . . porque toos estamos de conformiá que á reuto y á bruto no hay quien le gane en el Concejo.

— A pesar de too, ¡jurélo que había de daile un escarmiento y dóiselo ¡por estas que son cruces! . . .

— Y llevaránte á presidio, porque los perdigones que te traís no son de algodón y abren juracos allí onde caen.

— Y á presidio voime á gusto con tal de que no se salga con la suya el vilano ese.

— En la mi concencia güelvo á repetite que te vaigas á casa y no hagas la barbariá que maquinás, porque por toos laos que se mire, es una bar-



baría... Y voime, esto alvertío, á daime una güel-tuca por las tierras, no haiga algún tasugo ascon-dío... Conque, güenas noches, Luco.

— Güenas noches, ti Ginio.

— Pero, ¿no te vas?...

— No, señor, no; aquí me quedo.

— Arrepara que la noche no está pa que el jándalo venga á la querencia de la mozuca. So la el ábrego y amenaza lluvia de firme.

— ¡Mas que lloviesen dimoños coloraos! Hasta que amanezca, aquí me estoy vegilando.

— Este Luco es un animal que hace lo que dice... ¡Con tal de que le dé un susto al jandalón ese! — gruñó el viejo atravesando la plaza y retor-nando hacia su casa.

Dobló la esquina de ésta, y, llevado de la más viva curiosidad, en vez de dirigirse á la vega, en la que tenía la mayor parte de sus propiedades, ocultóse detrás de un verdal, en un altozano, desde el que se atalayaba la plaza por entero.

Gotas enormes de agua empezaron á caer, preludiando la lluvia torrencial que con furioso ímpetu descargó sobre el valle.

Impávidos, el mozo pegado al tronco de la ca-jiga y el viejo agazapado en el verdal, aguataron por espacio de más de una hora el formidable aguacero que caía con rumor fragoroso sobre ca-sas, árboles y maizales, clocleando bulliciosamente en las charcas que iban formándose en la tierra.

Y cuando una claridad triste y desmayada, precursora del nuevo día, acentuó el color plomizo del cielo, ti Higinio y Luco, calados hasta los huesos, retiráronse de sus observatorios, mohinos y desconsolados por no haber visto aparecer en la plaza la odiada figura del jándalo.

VI

Sincera en un todo fué la hija de ti Maiz-prestao al señalar á Manuel de la Pilonga que un «gran incomeniente» la impedía aceptar sus amores.

Nela habíase visto más de una y de dos veces al pedazo de espejo que, sujeto entre clavos, col-gaba de la pared de su alcoba, y todos los días escuchaba de los hombres las frases más ponderati-vas á su «personal»; que la Naturaleza mostróse con la virgen montañesa artista insuperable y mo-deló su cuerpo con formas espléndidas y atrac-tivas.

Lo que le enseñaba el espejo y lo que oía á los hombres hiciéronla soñar, si no precisamente con un príncipe ruso, que con estos no sueñan las mo-zas de las aldeas montañesas, con un indiano ó personaje de parecida laya que, cautivándole el palmito y gentileza suyos, la redimiese de la vida oscura y pobretona que llevan todas las que se casan con destripaterrones.

El alto concepto en que á sí misma se tenía y el muy pobre en que á los mozos de su igual po-nía su vanidoso engrimiento, debía dar su fruto, hartamente amargo para los pretendientes del pueblo y aun para los de los aledaños.

A todos escuchaba Nela con íntima satisfac-ción, y á todos, después de agradecerles su buena voluntad y el afecto que declaraban tenerla, dejá-

balos, como gráficamente dice el vulgo, con tres palmos de narices.

Corrióse la voz por todo el valle de que la hija del tabernero de Buspodible no hacía caso ningun-o de los que la pretendían, ya fuese por orgullo, por cálculo ó porque quisiera quedarse para vest-ir imágenes, y cesaron los requerimientos amo-rosos.

Empezaba Nela á sentirse despechada y pesa-rosa de su conducta y, sacrificando sus vanidosas miras, dispuesta á dar oídos al primer mozo acep-table que se la presentara, cuando llegó al pueblo don Frasquito.

En él puso la joven todas sus esperanzas, y don Frasquito, que era capaz de poner cerco á una es-coba con faldas, al encontrarse con mujer tan ro-zagante y apetitosa, acuciole el deseo de hacer suyo bocado tan exquisito.

Y una mañanita en que Nela en el río lavaba la ropa, presentósele el jándalo, el cual, sentándo-se en un pedrusco al lado de la garrida muchacha, soltóle una declaración en toda regla con frase achulada; la inexperta paloma dió oídos al gavi-lán, y del río volvió á casa con un novio tal como ella le había soñado.

Las relaciones duraron contados días.

La impaciencia del jándalo por realizar sus de-seos pecaminosos llevóle á precipitar los acon-tecimientos. Una tardecita, cuando ya el sol ocul-tábase entre nubes de oro detrás del picacho, Nela, que había ido por agua al río seguida del de los Madriles, sintióse— en el preciso momento en que sostenía con entrambas manos la herrada al pie del manantial — sujeta violentamente por el talle, mientras que percibía en la nuca un ardoroso vaho.

Soltó lo joven la herrada que, cabeceando, flotó en la tranquila superficie del remanso, y, revol-viéndose airada, flameándole los ojos de indigna-ción, y vociferando con toda la ira y el despecho que sentía un «¡Lichón!», cruzó la cara de don Frasquito con tal ímpetu que sonó la bofetada seca y ruidosamente. El jándalo, tambaleándose, tuvo que apoyarse con las manos en el peñascal para no caer de bruces en el remanso.

Recogió Nela la herrada y, á buen paso, volvió-se á la taberna barbotando los mayores denuestos contra don Frasquito, que, atontado por la violen-cia del golpe, estábanse á pie quedo al borde del remanso, del cual recogía almuerzas y con gran apresuramiento el agua para contener la hemorra-gia nasal de que era víctima.

Y como recuerdo de tal aventura quedáronsele las narices hechas un trompo por espacio de unas cuantas semanas.

Nela, herida en su amor propio, experimentó brutal y amargo desconsuelo.

Al jándalo sirvióle de inolvidable advertencia lo sucedido y esquivaba cuanto podía el encon-trarse con una moza que con tales bríos sabía de-fenderse.

Ya habíase ocultado el sol muchas veces de-trás del picacho de Buspodible, cuando llegó el día en que Manuel de la Pilonga, venciendo su innata timidez, abordó á la dama de sus pensamientos. Al confesarle ésta que otro hombre habíase adue-

ñado de su cariño, dejó hablar más que á su boca á su corazón.

Al hondo despecho y desencanto cruel que le produjo el villano desenfado de don Frasquito, siguióse en el espíritu de la ofendida doncella un cambio inexplicable y atormentador.

Ningún afecto hacia el pretendiente obligóla á aceptar sus relaciones, ni en el corto plazo que duraron éstas le cobró cariño, y no obstante, ahora que había recibido del jándalo la mayor ofensa que puede recibir de un hombre una mujer, sentíase atraída hacia él por modo irresistible, y su recuerdo la conturbaba incesantemente, obligándola á hacer un poderoso esfuerzo de voluntad para no descubrir lo que sentía en su interior cada vez que oía relatar las proezas del jándalo.

A cada nueva aventura encendíasele más y

se justificaran á su satisfacción las rondas nocturnas del don Frasquito.

Harto conocía el viejo á Nela y hartó se le alcanzaba que es axiomático el dicho popular de que el fuego y el amor no pueden permanecer ocultos; á la taberna iba el de los Madriles á lucir su dinero, pero no á enamorar á la hija del amo. Esto le constaba á él y pondría las manos en el fuego; *item*, el tabernero no era hombre que se descuidara en vigilar á su hija, y si el jándalo la hubiese pretendido, hasta las piedras estarían enteradas de la novedad, que no iba á andarse el padre con tapujos tratándose de un pretendiente tan rumbo-so. . . Luego. . . la suposición de Luco no tenía razón de ser.

A reflexión tan poco halagüeña seguía esta otra, que poníale los pelos de punta:



más el fuego amoroso que la consumía mortalmente, y estremeciase con góce extraño al recordar cómo el aliento de su boca quemó por un instante el finísimo nácar de su epidermis.

VII

Las contadas horas que aún faltaban para que tí Maizprestao abriese la taberna hiciéronsele siglos á tí Razonucas.

Inquieto y desvelado, revolviase en el lecho como en un zarzo, procurando apartar su escuálido y helado cuerpo de aquel otro pletórico de juventud y de calor que junto á sí tenía.

La escena habida con Luco, en vez de tranquilizarle, porque en buena lógica aparecía el jándalo metido en corral ajeno, aumentaron sus zozobras y celos; acudía al archivo de su memoria como quien trata de encontrar una prueba concluyente, y en él no hallaba indicio alguno por el cual

— En la corralera no queda estonces otra mujer que la mía: ¿vendrá por ella el condenado ese? . . .

¿Acababan de franquear la entrada de la taberna, y tí Ginio penetró en la misma anhelando encontrar respuesta á la azarante pregunta que le obsesionaba.

Bendijo á la Providencia por encontrarse á solas con Nela, que hallábase ocupada en fregotear el tablero del mostrador.

Empezó el viejo por hablarla del ábrego, parecido á un «juracán» y de la furiosa lluvia que hubo en la pasada noche, y después de esto y tras muchos circunloquios, vino á fijar el diálogo en el punto capital en que él quería sujetarle.

Astuta y mañosamente fué sondeando el corazón de la muchacha. Es tan consolador desfogar las penas en alguien que muestra cariñoso interés, que Nela descubrió al tí Razonucas su secreto y, al descubrirselo, sumió al pobre hombre en un mar de confusiones.

— Por el pueblo se corre — apuntó, tratando

de no descubrir su azoramiento — que estas noches rolda hazá acá don Frasquito. . .

Esperaba el viejo una rotunda negativa ó una frase cualquiera que desvaneciese su mortal sospecha, pero no esta afirmación que le produjo el mismo efecto de una descarga cerrada:

— Quizáes, porque la otra noche oí yo desde la mi cama hablar en la corralera, y una de las voces sonaba á la de don Paco.

— ¿Y la otra, hijuca, la otra? . . .

— De mujer era, ti Ginio. Por curiosidá adelantéme y juíme al ventanuco del mi cuarto. No vi á naide ni ascuché más palabra. . .

— ¡Ciertos son los toros! — hubo de pensar sombría y airadamente el viejo, paladeando las hieles de su desventura.

Y dando por terminado el palique con la moza, salió de la taberna, y á buen paso enfiló hacia el monte.

Camino de él iba gesticulando y hablando solo,

acusaban, en primer término, de todas sus desdichas. En vano regaban con su sudor la ingrata tierra; el mísero producto que de la misma recogían en borona, alubias y patatas, no era suficiente para que mal comiese la familia; había necesidad de vender los animales para pagar á los lambiones y chafandines que enviaba el Gobierno á cobrar los impuestos.

De año en año iban éstos en aumento: y que



como enloquecido, repitiendo como si silbara, esta frase:

— ¡Cría cuervos, Ginio, cría cuervos! . . .

La feria de ganado de Villasombril era el tema único de conversación en la taberna, y viejos y mozos hablaban de comprar y vender bueyes, toros, vacas y jatos.

Los que pensaban pignorar sus reses, renegaban de su perra suerte, que les obligaba á desprenderse del único tesoro que poseían. Y al Gobierno

paga por las tierras, y que por la casa, por la cédula, por el Municipio, ¡por demonios encendidos!; los pobres pasábanse la vida en perpetua zozobra discutiendo cómo cumplir con el Gobierno, al cual no había que irle con historias de que no había ni un cuarto en la casa, ni de que se perdió la cosecha, se desgració una res ó cualquiera otra calamidad de las infinitas á que se ven sujetos los esclavos del terruño.

Figuras en el censo, tienes un pedazo de tierra, una miaja de labor ó un rincón en donde guarecerte, pues debes pagar y contribuir á las cargas del Estado; y si no pagas, te embargo hasta los pucheros.

— ¡Vos digo — clamaba en voz recia detrás del mostrador el tabernero, el mayor contribuyente de Buspodible, por la industria que ejercía — que es cosa de dirse juera de España, aunque sea á Alimaña, pa que no le sacrefique á uno como le sacrefica el Gubierno este!

— ¡Y toos los Gubiernos! — añadió sentenciosamente un viejo —. Y tamién he de decivos que vamos de mal en pior. M'alcuerdo yo que en tiempos de Isabel Segunda, el más probe de nusotros guardaba pa un apuro un puñao de moneducas de oro. Agora ni unas perronas puédeste guardar,

porque too es poco pa pagailles á los del Cisco (Fisco quería decir el orador). Antaño no había ferrocarriles, ni luz eléctrica, ni chirimbolucos de esos que van echando humo por los caminos y aspartando el ganao y disgraciándole si se terciá; pero había en la Montaña más dinero, más concencia y tranquiliá, y toos estaban siguros de poder comer á la su hora la puchera. . . Éndenantes, era esto asina como vos lo cuento, pero dende que pogresamos, sigún dicen los papeles, no hay más que hambre y fantesía en España. El pogreso, que vos coste que mos ha partió por el eje. . . ¡Ah, y eso que agora estemos en el escomience, que dejáivos vusotros que güelen por el aire los globos y anden metiducos bajo el agua los barcos. Estonces ni resollar han de dejáivos á vusotros, que yo no he de velo. . .

Dijo el orador soplándose un regular vaso de Rioja; un prolongado murmullo de aprobación acogió su discurso.

Cortó aquél la entrada del jándalo, que fué saludado por todos los concurrentes como se saluda á aquel cuyo encuentro vale una convidada.

Después de ordenar al tabernero sirviese á los reunidos lo que éstos quisieran tomar, preguntó:

— ¿Alguno de vosotros va mañana á la feria? . . .

La mayoría contestó afirmativamente.

— Es que pienso ir yo también allá, y como hace tantos años que no voy á Villasombril, puede que no acierte con el camino.

Todos, como un solo hombre, ofrecieronse á acompañarle.

— Se agradece la voluntad como yo sé agradecerla. ¡Tú, José María, otra ronda á los señores! . . . Con el primero que salga, con ese voy.

— Estonces, conmigo, don Paco — advirtió apresuradamente uno de los mozos —. En cuanti cene, voyme allá.

— Gracias, hombre; pero esta noche tengo yo mucho que hacer. . .

— En ese caso. . . mas le alvierto, don Paco, que mijor es dir con la fresca, porque el ferial está cinco horas, más bien más que menos. ¡Y cualsiquiera hace la caminata con sol! . . .

— Pero, tocho — interrumpió uno de los de la reunión —, el señor no va á dir como nusotros á pie; en coche, de siguro.

— Pa dir á pie no nesecitaba la compaña — observó el otro mozo.

— ¡Clarinete! . . . ¡A pie se ven más despacio y mejor las güenas mozas! . . .

— ¡Usté siempre con la su tema, don Frasquito! — dijo ti Razonucas, que había entrado momentos antes y oído la última parte del diálogo.

— ¡A ver qué vida, ti Ginio! . . . ¡Tú, José María, lo que pida el señor! . . . ¡Corre de mi cuenta! — Se agradece, pero no tomo na entre horas.

Sentóse en el banco al lado de don Frasquito, y preguntó al viejo que soltó la filípica contra el «pogreso»:

— ¿Vas á la feria, Dumián? . . .

— Voy, Ginio; ¿ofrecésete algo? . . .

— Saber si vas á dir esta noche.

— No; á la que amanezga.

— Estonces haré el viaje solo.

Y sin quitar ojo del jándalo, que seguía atentamente la conversacion de los dos viejos, continuó:

— Voyme esta noche porque á la mi *Galana* no hay que metela en los trotes de dir con la calor del día. . . Podría cogéile una sufocación y disgraciásemme.

— Quicón sale esta noche. . . ¡Oye, Quicón! . . .

— ¿Qué se l'ofrece, ti Dumián? . . .

— A este no; á mí es al que se le ofrece decite que si quieres que vaigamos juntos á la feria.

— ¡Pos no he de querer, ti Ginio! . . .

— Pos, estonces, después que cenes, vienes á buscame.

Y dirigiéndose al jándalo, que sin perder una sílaba había escuchado el palique, le preguntó con tono que quería aparentar indiferente:

— ¿Y usté, no va tamién á la feria, don Frasquito? . . .

— ¡Naturaca! . . .

— ¿Eh? . . .

— Naturalmente, ti Ginio. . . ¡En las ferias siempre hay buen percal! . . . ¡Y á lo que está uno! . . .

— ¡Claro, á lo que está uno! — repitió el viejo con sutil ironía —; los hombres como usté van á la feria á eso: por las mujeres de güen ver; los probetones como nusotros, á ver si se hace nigocio. . . ¡Pos allá mos veremos! . . .

— Es clari. . . Y por cierto que este año van á lucirse en el ferial los de Buspodible. . . A todos les pago yo una merendona. . . Ya lo oye usté, ti Ginio. Usté y su parienta quedan convidados.

— Gracias; yo puede que acete el convite; la mujer quedarás con las ganas.

— ¿Y por qué eso, ti Ginio? . . .

— Porque la Mari Cruz se queda al cuido de la casa. . . Conque, hasta mañana, don Frasquito. . . Güenas tardes, José María y la compaña.

Ti Razonucas, que espiritualmente había vivido en aquel día más que en el resto de su vida, salió de la taberna, y entrándose en su casa dijo á Mari Cruz, que se hallaba mondando unas patatas en la cocina:

— Dispón toas las cosucas, que esta noche he de dime á la feria con la *Galana*.

VIII

La luna alumbraba melancólicamente todo el valle, entregado al más absoluto reposo; en la aldea, el silencio era interrumpido por el ladrar de los perros que, desasosegados, redoblaban sus ladridos con frecuencia inusitada, como en las cantadas noches en que había ronda de mozos. No motivaba la alerta de los perrunos vigías la galante costumbre de recorrer las callejas cantando coplas á las mocitas del lugar: otra era la causa del trasiego que los canes advertían.

Antes de la media noche, y armado de escopeta, salió de su casa Luco el de Longa, el cual, esquivando su cuerpo de la luz del satélite, llegó á la plaza, y como en la noche precedente, amparóse con la cajiga sumida en sombra; la luna daba de lleno en la casa de la taberna y su contigua, recortando sobre la amarillenta tapia los barrotes de madera de la solana que unía las dos viviendas.

Cerradas encontrábanse sus puertas de entrada y las maderas de las ventanas, y entornadas las puertecillas que se abrían al balcón.

Luco dejó arrimada la escopeta al tronco del árbol y fué á sentarse sobre el nudoso lomo de una de las guías de la raigambre.

Y con los ojos y el alma puestas en la casa de ti Maizprestao, dispúsose á cumplir la penosa obligación que se había impuesto de vigilar el tesoro que nunca había de ser suyo.

Por la esquina que formaba la calleja que se abría en la plaza, asomó la figura de ti Higinio.

Aparecía el hombre como en comedias y en novelas aparecen clásicamente los maridos burlados que pretextan un viaje para dar y recibir la más desagradable, azarante y cruel de las sorpresas.

Los vivaces ojillos del viejo requisaron la plaza, y aunque la sombra envolvía la cajiga, apreció la silueta de Luco sentado sobre la raigambre.

— ¡Otro que también viene á lo suyo por un equivoco! — reflexionó ti Razonucas.

Para no ser descubierto del de Longa, volvió pies atrás, y dando un gran rodeo por los solitarios callejos, vino á situarse á pocos pasos de su casa, dentro de un huerto de su pertenencia, cercado con pared seca; tras la misma ocultóse el viejo, que podía ver sin ser visto cuanto ocurriese á la parte afuera de sus lares.

Y ya harto pasada la media noche, cuando lo mismo el espía de la cajiga que el del huerto pensaban con íntima satisfacción, sobre todo el último, que tendrían que retirarse de sus escondites como en la noche antes, sin ver la odiada figura del jándalo, apareció éste en la plaza caminando despacito y amparándose de las sombras. En la cajiga y en el huerto su aparición fué saludada con rabiosas interjecciones, y en ambos sitios sonó el ruido metálico característico de prevenir el gatillo de un arma de fuego.

Cerca de la cajiga pasó el de los Madriles dejando olor pronunciado á *patchouli* y haciendo tintinear estúpidamente los pesos duros que le llenaban los bolsillos del pantalón.

Pocos pasos antes de llegar al frente de las dos casas, se detuvo y miró receloso en su derredor.

Indeciso como quien encuentra un obstáculo improvisado, miró á la puerta de ti Razonucas; avanzó resueltamente en aquella dirección, y otra

vez se detuvo como si se arrepintiera de su propósito.

Retrocediendo unos cuantos pasos, miró á la solana como si calculase su altura. Sin titubear, avanzó hacia la pértiga arrimada á la pared, y metiéndose por entre el hueco que se abría entre la misma y la rueda del carro, trepó rápidamente por éste, y afianzándose con ambas manos en la parte inferior de los balaustres de la barandilla, de un salto quedó á horcajadas en la misma

y un segundo después dentro del balcón.

Y antes de que él pudiera dar un paso, dos detonaciones de armas de fuego atronaron la plaza de Buspodible y escucháronse voces iracundas y lamentos angustiosos.

— ¡Canalluca! . . . ¡Ladronuco! — gritaba ti Higinio saltando la cerca del huerto y corriendo hacia su casa, blandiendo un pistolón aun humeante.

— ¡Lleva lo suyo el tiúco ese! — decía por su parte el de Longa, satisfecho de la caza y temblando de rabioso despecho.

Encontráronse los dos vengadores en la plaza; en el balcón, y sin poder moverse, arrimado á la pared en el promedio de ambas casas, aparecía el jándalo, presa del susto más horrendo que, en parecidas circunstancias, puede llevarse un hombre, quejándose con ayes de dolor y palpándose aquella parte más carnosa de su individuo, en la que había hecho blanco la mayor parte de los perdigones de la escopeta de Luco.

A las destempladas y chillonas voces del viejo que, cegado de ira, sólo repetía denuestos que no son para escritos; á las que daba recia y airadamente el de Longa, desafiando al dolorido galanteador para que bajase á la plaza y ajustarle las cuentas á puñetazo limpio; á los ayes tristísimos del mísero Tenorio, que se creía mortalmente herido, abriéronse las puertecillas del balcón de par en par, y en una de ellas apareció el tabernero en calzoncillos y camiseta, armado de un revólver, y tras el tabernero su mujer y su hija, un tanto ligeras de ropa. Mari Cruz salió azorada por la otra puertecilla, ofreciendo, á la argentada claridad de la luna, sus mal velados encantos, dignos de la propia Venus.

Los que aparecían en escena mezclaron sus



voces á las que sonaban en la plaza y á los continuados lamentos de don Frasquito, que veía llegada su última hora y temblaba como liebre cogida en el cepo.

A todo este guirigay trágico puso término el tabernero, que voceó con voz atronadora, y después de un prelude de blasfemias é interjecciones de las más feroces y pintorescas:

— ¡Callaivos toos y dejame hablar á mí!... ¡Retoño! ¡Recontratoño!... ¡Que callaivos, digo, ú como alcalde que soy del pueblo, que me valgo de la mi justicia!... ¿Qué rigolución es esta?... ¿Qué tiros son los que han sonao?... ¿Por qué está don Frasquito acá arriba, y por qué está usted, ti Ginio, en la plaza, hecho un dimoño, en vez de estase caminuco de la feria?... ¿Qué haces tú tamién con la escopeta?... ¡Retoño! ¿Qué ha sucedido?... ¡Parle usted, ti Ginio, parle usted, hombre de Dios, que no sé por qué se me fegura que usted es el que ha arregolvío el ajo este!...

— ¡Parlo, zaraja! — replicó, trémulo de ira, el viejo —. ¡Ya lo creo que voy á hablar!... ¡Y han de oirme hasta los sordos!... ¡Zaraja!... Pero, endenantes, bajo la mi responsabilidad, que sea detenido ese canalluca, ese ladrón de hombre. Y con él la mi mujer, es decir, la mi mujer, no; la sinvergonzona esa que está ahí asomaduca pa más envergonzame.

Al silencio con que fueron escuchadas por todos los circunstantes estas palabras, siguió la voz de Luco, que decía de modo inefable:

— ¡Bendita sea la Virgen!... ¡No era por ella!...

— Este hombre — dijo Mari Cruz, temblorosa de espanto, encarándose con los del balcón y señalando á su marido — perdiduca tié la cabeza cuando tal dice. ¡En los mis días ofendíle!... ¡Toos vusotros me sois testigos de que me calaña!...

— A su tiempo se verá eso, mujer — interrumpióle el tabernero; y, asomándose á la barandilla, continuó con ti Razonucas:

— Pero, ¿qué parla, ti Ginio, de ladrones y sinvergonzones?... ¡Asplíquese, hombre, que le veo muy acaloraduco!...

— ¡Zaraja contigo, José María, y cómo machacas!... ¡Pos un ciego ve lo que aquí pasa!...

— Lo que aquí pasa — advirtió un tanto amoscado con la réplica ti Maizprestao — sobraduco sélo yo, y me lo callo pa no envergonzale más.

Volvióse hacia don Frasquito, que temblaba como la hoja en el árbol.

— Mal nigocio es éste en el que se ha metío, porque pa cosa güena no se saltan balconucos de vecinos á las tantas de la noche, no habiendo en ellos más que unas cuantas panojas colgás... Pa robar me feguro que no hizo usted esta noche volantines como los tiriteros, asina es que, al respítive del asunto, no hay otro rimate que el que usted ha subío pa enterase de cómo duermen la mujer de ti Ginio ó la mi Nela, porque lo que es



por la mi mujer no ha sío... Conque, déjese de teritar, que está la noche bichornosa, y parle como parlan los hombres.

En la plaza siguióse un murmullo de aprobación: casi todo el pueblo, despertado con los tiros y el furioso ladrar de los perros, hallábase reunido frente á la taberna.

Ti Razonucas, que había abierto la puerta de su casa y entrado en la misma, salió al balcón y, acercándose al jándalo, le dijo con acento que daba frío, mientras que le apuntaba con el pistolón:

— Aun queda una bala pa metésela en la sesera como no parle pa qué se ha subío al balconuco.

— Déjele hablar á la su voluntad — observó el tabernero.

— Que parle y diga si ha venío por Mari Cruz.

— ¡U por Nela! — añadió ti Maizprestao imperturbable.

— Eso es, ú por Nela — repitió el viejo.

— Yo... señores... yo... tartamudeó el jándalo sin acertar á dar la explicación que le pedían; porque fuera ésta la que fuese, veíase irremisiblemente á merced de uno cualquiera de los dos hombres y los dos le infundían un terror pánico.

— Déjese, don Frasquito, de latanías — dijo impaciente el tabernero —, y vaiga al grano... Cuála de las dos: ¿Nela, ú Mari Cruz?...

— ¡Eso mismo! ¿Cuála de las dos?... ¡Parle plonto, ú le mato!

— Ti Ginio, guárdese el dimoño del pistolón ese — intervino Nela, avanzando hacia el grupo que formaban los tres hombres.

Y alzando la voz para que se escucharan bien sus palabras, dijo señalando á don Frasquito:

— El señor, que les coste, ha venío por mí, como ha venío otras noches, pa hablar de nuestras cosucas.

Tan inesperada explicación produjo un recio murmullo en la plaza y en la solana un silencio solemne.

El jándalo suspiró para sus adentros: «Bendita sea tu boca»; el viejo abrió tamaña boca de asombro y sintió sacudido todo su cuerpo por un estremecimiento de satisfacción; Mari Cruz respiró como quien se ve libre de un peso que abrumba; el tabernero y su mujer cambiaron entre sí una mirada de estupefacción.

Grave y pausadamente preguntó ti Maizprestao á don Frasquito:

— ¿Usted certifica que es verdá lo que acaba de decir Nela?...

— ¡Verdad es, José María! — afirmó el aludido.

— Éstonces — intervino ti Razonucas encarándose con Nela —, mentirucas toas jueron las que me parlastes esta mañana.

— Mentirucas y verdaes jueron — contestó encendida en rubor la joven.

— ¡Pa que se fie uno de mujeres! — gruñó el viejo.

— ¡Por la Virgen Santísima, que açabe esto

pronto! — suplicó quejumbroso el de los Madri-
driles —, que me estoy desangrando y no puedo
aguantar más los dolores. . .

— Plontuco se le dará el rimedio — replicó el
padre de Nela —; en cuanti rimedie yo tamién lo
que más me importa rimediar.

Y dirigiéndose á los que le rodeaban y á los
curiosos de la plaza, dijo con acento en el que se
descubría resolución inquebrantable:

— Toos sois testigos de lo que ha dicho la mi
hija y de lo que ha certifica don Frasquito... Co-
sucas del querer son estas, y naide está excecuto
de una disgracia como la que agora yo padezgo . . .

Y volviéndose al jándalo, continuó:

— Adilante de toos los que mos escuchan, dí-
gole en las mis cabales que arrepara usted, don
Frasquito, el daño, casándose, ú lo arreparo yo en-
viándole á usted al otro mundo. . . Usted dirá agora
cómo se rimedia el nigocio este.

— ¡Casándome con tu hija, hombre! — dijo
apresuradamente el jándalo, con acento en el que
palpitaba honda emoción —. ¡Hasta ahora no he
sabido yo lo mucho que vale esta moza! . . .

Y miró á Nela como no había mirado nunca á
ninguna mujer, con ojos de amor verdadero.

Madrid, 1907.

— ¡Arrematao quedó el nigocio! — suspiró el
tabernero, que dirigiéndose á todos sus oyentes,
añadió:

— Palabra de casase con Nela ha dao don Fras-
quito. Que vos coste á toos pa en su día, si es que
no cumple la su palabra como deben cumplila los
hombres. Y agora cada mochuelo á su olivo, y
usted, don Frasquito, entre en la mi casa pa arre-
glaile con sal y vinagre los desperfeutos del su
personal.

Haciendo muy sabrosos comentarios, fueron
retirándose de la plaza los curiosos.

El jándalo entróse en la casa del tabernero
acompañado de éste, de Nela y su madre, y en la
suya ti Razonucas con su mujer, á la que trataba
de desagaviar diciéndole arrepentido y cariñoso:

— ¡Piróname, palomuca; piróname los mis
malos pensamientos! . . .

Luco el de Longa iba camino de su casa por la
calleja tambaleándose como los borrachos; caíanle
sobre la blusa las lágrimas, que el pobre mozo llo-
raba como no lloró nunca, mientras que resumía
todo su dolor, todo su mortal desencanto, en esta
frase:

— ¡Y yo que la creía una santuca! . . .

Alejandro Labruerna

FIN

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO
LAS TRES REINAS

Novela, por Mauricio López-Roberts

El Cuento Semanal

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Desencanto (novela), por Jacinto Octavio Picón.
- 2.º La sonrisa de Gioconda (bocetos de comedia), por Jacinto Benavente.
- 3.º Aventura (novela), de G. Martínez Sierra.
- 4.º La cita (novela), por Eduardo Zamacois.
- 5.º La guitarra (drama en tres actos, y en prosa), por Salvador Rueda.
- 6.º La maldita culpa (novela), por Antonio Zozaya.
- 7.º Cada uno... (novela), por Emilia Pardo Bazán.
- 8.º Una letra de cambio (novela), por Joaquín Dicenta.
- 9.º Reveladoras (novela), por Felipe Trigo.
10. El alma viajera (novela), por José Francés.
11. La caravana (novela), por Eduardo Marquina.
12. La soledad del campo (novela), por Juan Pérez Zúñiga.
13. Del Rastro á Maravillas (novela), por Pedro de Répide.
14. Guillermo el apasionado (novela), por Manuel Bueno.
15. La espuma del champagne (comedia en un acto), por M. Linares Rivas.
16. Ni amor ni arte (novela), por Pedro Mata.
17. Un sueño (novela), por Amado Nervo.
18. Historia de una reina (novela), por Alejandro Sawa.
19. El milagro de las rosas (novela), por Francisco Villaespesa.
20. La madrecita (novela), por S. y J. Álvarez Quintero.
21. El fin de una leyenda (novela), por Sinesio Delgado.
22. De corazón en corazón (novela), por E. Ramírez-Angel.

Obras de Alejandro Larrubiera

LIBROS

El crimen de un avaro. - Pintapoco. - Cuentos. - Mimosa. - Camino del pecado. - Historias madrileñas. - La virgencita. - El dulce enemigo. - Fuera de combate. - Mágina.

TEATRO

Uno y repique. - La chalequera. - La gente del pueblo. - La gente alegre. - Los chicos. Los botijistas. - El querer de la Pepa. - El sábado de gloria. - La celosa. - El dios Exitó. - La procesión del Corpus. - Los charros. - Feuchá. - ... y no es noche de dormir.

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO 12, CAPELLANES, 12 PRECIO FIJO

Guardamuebles público

Construido expresamente

EL MEJOR, MÁS ECONÓMICO Y MÁS CÉNTRICO
GUARDAMUEBLES: OLIVAR 15 TELÉFONO 1946

CASA CENTRAL: PLAZA DEL ANGEL 6

TÓNICO MUSCULAR FORMIATO GRANULADO BELLOT

Hortaleza 17, Farmacia

Bañerío de Cestona

Temporada oficial: de 15 de Junio á 15 de Septiembre
Lujosas y espaciosas habitaciones. Restaurant, mesa redonda, luz eléctrica, sala de fiestas, etc.

Para más informes dirigirse al Director gerente de la Compañía Anónima Aguas y Bañerío de Cestona (Guipúzcoa).

Botellas de á litro en las farmacias.
Únicas para las enfermedades del hígado, bazo, riñones, etc.



Carlos Coppel
FÁBRICA DE RELOJES
Fuencarral, 27.
CATÁLOGO GRATIS

CARAMELOS DE ABRAS ESPECIALES DE LA CASA ROLDAN

35 CALLE DE CARRETAS 35

AGUSTÍN G. POVES

Bisutería, perfumería, corbatas, guantes y artículos de fantasía - Jabón POVES especialidad de la Casa

UNA PESETA CAJA - PRECIADOS 24 DPLDO.

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto
ALVAREZ GOMEZ - Calle de Peligros, núm 1 duplicado

Perfume CARE-WALK Ruy-Ram

EL MÁS NUEVO Y PERMANENTE
PÍDASE EN TODAS LAS PERFUMERÍAS

Café superior en grano (TUESTE DIARIO)

5 pesetas kilo
MANUEL ORTIZ - PRECIADOS 4.

CASA ROLDAN ROPA BLANCA CAMISERÍA

Equipos para novia * Canastillas * Blusas para señora

Los artículos de esta casa se distinguen notablemente por su esmerada confección y sus precios económicos, á la vez de estar las prendas confeccionadas con riquísimas telas. Estas sobresalientes condiciones y el disponer del más extenso surtido en todas clases y precios, justifica la gran fama alcanzada por los artículos de esta acreditada casa.

FUENCARRAL, NÚM. 85 - PRECIO FIJO - FUENCARRAL, NÚM. 85

300

Gran almacén de Sombreros

de

G. ARIAS



Espoz y Mina 1 - MADRID